Reg. 643

ALJABA

* MENSAJE POETICO *

EXCMA. DIPUTACION PROVINCIAL BIBLIOTECA JAEN

A D. Manuel Caballero
Con todo afecto.
Pasena florida 1988
Rafael Ortega
Lagrista

1

TODOS los días viene sonando a nuestro lado un aldabonazo. Un aldabonazo que no siempre queda en tal. A veces deja un eco lejano en el aire. A veces se clava en el dintel y hace una herida.

Nosotros hoy, con nuestro mensaje, queremos hacer herida. Pensamos que lo que no hiere y punza no puede perdurar. Y queremos que las flechas líricas de nuestro carcaj se claven hondo, y hagan sangre.

Queremos—y lo tenemos ya—que la mejor poesía esté con nosotros. Por nosotros. Y que nos hiera toda su verdad con garfios violentos. Hoy se clavan en la bruma las antorchas de nuestros arcos tensos.

Sabemos que nuestra vida es poema; que poema es también nuestro paso. Y unidos los pasos y los afanes de todos los poetas—españoles e hispanoamericanos—que hemos puesto nuestras flechas en este lírico carcaj, haremos de la vida el POEMA que, en mensaje de tórax impetuoso, pero fraterno, se eleve y se desgrane.

Nosotros no queremos señalar direcciones ni rutas. Nuestra meta única está en la Poesía. Pero queremos, eso sí, ser heridas de un nuevo aldabonazo; sangrar por todos los poros. Ser unos peones más que, un día, pongamos nuestra mano en la poesía grande que se avecina.

Así es nuestro MENSAJE.

JAEN, DICIEMBRE 1951

Instituto de Estudios Giennenses. Aljaba : arte y literatura. N.º 1, 12/1951. Página 1

Machado y nosotros

Allá está... gozando el repetido de su lira... Enhebrando una a una las mil cadencias de su gran sinfonía... Porque cada verso es como una sinfonieta que a cinco, cuatro, tres o dos tiempos, halan su figura egregia de resplandor. Sí. Fulgor de vate excelso... Con sus dos amores: Castilla y Andalucía.

Su alma soñadora, asomada al alféizar de la ventana de lo real, juega al equilibrio de las imágenes y se goza en ellas. Asi, Antonio Machado, ginete ágil. Así, música de ciencia exacta. Polinomio del verso y el alma y el cerebro, miembro a miembro conexos. Misterio y silencio, fuertemente asidos de la mano. Luz lumínea de su pensamiento. Cantor en la grey. Amansador en la tempestad.

De todo cuanto Machado era y poseía, ha quedado en nosotros, a través de sus rimas, un algo profundo y ancho: su magisterio poético. He aquí, pues, la relación entre él y nosotros, jóvenes luchadores que hoy empezamos. Porque además, al son dulce y sereno de su lira, se mecieron olivares de verdes y gris-mar sin naves, ni orillas y por horizonte el infinito.

...las pardas sementeras,
los grises olivares. Por el fondo
del valle el río el agua turbia lleva.

Tiene Cazorla nieve,
y Mágina, tormenta.
Su montera Aznaitín. Hacia Granada,
montes con sol, montes de sol y piedra.

Y es que Machado, desde su atalaya, Baeza, contempla todo el paisaje jaenero, sus crestas y sus valles, y lo anima y lo resucita. Y él abre un camino en este mar y abraza en el otro lado a Castilla, Soria, el Duero. Y bebe en sus orillas y calma su sed y su ambrosía. Y es primavera...

¡Primavera soriana, primavera
humilde, como el sueño de un bendito,
de un pobre caminante que durmiera
de cansancio en un páramo infinito!

Su claridad iconográfica plasma las sutilezas del paisaje y las costumbres y las cosas. Y en un marco tan amplio como lo es Baeza —oásis del alma— va pincelando y trazando. Y allí está, en su clase de francés. Y luego en sus viajes, narrando las escenas con tal verismo y justeza que a poco que nos asomemos a sus estrofas, podremos vivir su ayer, su realidad.

Machado nos dejó su rica fortuna, pródiga en jugos sabrosos y embriagadores.

Y en este mar de inmensidades embarcó. Ruta incierta la suya. Mas, Antonio Machado, encontró en su peregrinaje un cosmos nuevo. Un mundo que él ya sabía. Y como no lo ignoraba, dejó su sueño volar montado en el cisne blanco, para encontrar la estela de su ausente.

Aquí, como Rubén, rogamos a nuestro Dios, por su alma, desde las páginas de «ALJABA», dardos febriles lanzados a la altura.

Antonio LOMBARDO CASADO.

Instituto de Estudios Giennenses. Aljaba : arte y literatura. N.º 1, 12/1951. Página 2

LOS VERSOS DE LA NOCHE

Son oscuros los versos de la noche,
hechos de esquinas muertas.
Son como nada:
tienen ecos de inmensidad redonda,
de collar de sonidos
sin reloj que los prenda.
Los versos de la noche
son versos que se escapan
como uvas cogidas, huidizas, desgranándose
por el cordón de un mudo olvido
que se nos viene encima.
Son caracoles, son granos de arena
que rebosan, cayendo por los dedos,
cayendo por las mangas,
cayendo de la noche.
¿Los ves? Míralos fijamente.
Negros... De carbón con carcoma
de viajes.
Escúchalos... Escucha...
Escucha su silencio...
Su silencio, que duerme
como acunado en cantos
de grillo en el verano.
Mira... Una letra... ¡Otra!
—Tienen caras de luto.
—Tienen caras de risa.
—Jorobadas..., con boca de payaso.
Como cordeles de atar inmensidades.
Como sillas en juego.
Son las letras, que brincan.
Son las letras
de mi collar de versos.
Míralas...
Míralas...
Ya no las ves.
¡Se han escapado!
(Es la danza de los versos
de la noche.)

Emilio RUIZ PARRA.

Soneto del Arbol cortado

Un hachazo bastó para que fuera
abatido tu orgullo de gigante.
Un hachazo, no más, y en ese instante
quedaste sin dolor ni primavera.

Ahora sirves de banco para espera
de corazones y de mar distante...
Ya no tienes ni pájaro que cante
ni la fronda que antaño te creciera.

La vida te ha dejado esa inmutable
presencia sin dolor y sin gemido,
donde la rueda del tiempo se para.

Y aquello que tuviste de agradable:
la primavera, el pájaro y el nido,
quedó como una ofrenda sobre el ara.

CANCION

Un poco de tierra queda
en un rincón olvidado.
Un poco de tierra queda
para nuestro amor de antaño.

¿Recuerdas aquellas risas?
¿Recuerdas aquellos llantos?
¿No te acuerdas de las rosas
que tus manos deshojaron?

Hoy ya está todo marchito,
todo lo nuestro ha pasado...
Pero aún quedamos vivos
tú y yo, que solo esperamos
un poco de tierra triste
para nuestro amor de antaño.

Francisco MARTINEZ LLACER.

Instituto de Estudios Giennenses. Aljaba : arte y literatura. N.º 1, 12/1951. Página 3

SOBRE nosotros hay unos crespones negros; unos crespones de luto que atan un manojo de lirios agónicos sobre la dura tierra. Juan Alcaide ha escuchado la llamada de Dios y se nos ha ido. De él publicamos hoy este soneto, uno de sus últimos poemas. Junto a él, junto a su tumba cálida de llantos, queremos hoy depositar las flores de homenaje de nuestra poesía; estas flores que, en ramo fervoroso, quieren ser Corona. Juan Alcaide nos tiene siempre a su lado.

TODO

A ti Gregorio, desde nuestra cal y nuestro sol.

Me encontré con tu infancia en una esquina.
Tú estabas sin querer; pero allí estabas.
Se te apagaba el alma si jugabas.
Te lloraba tu flor sobre tu espina.

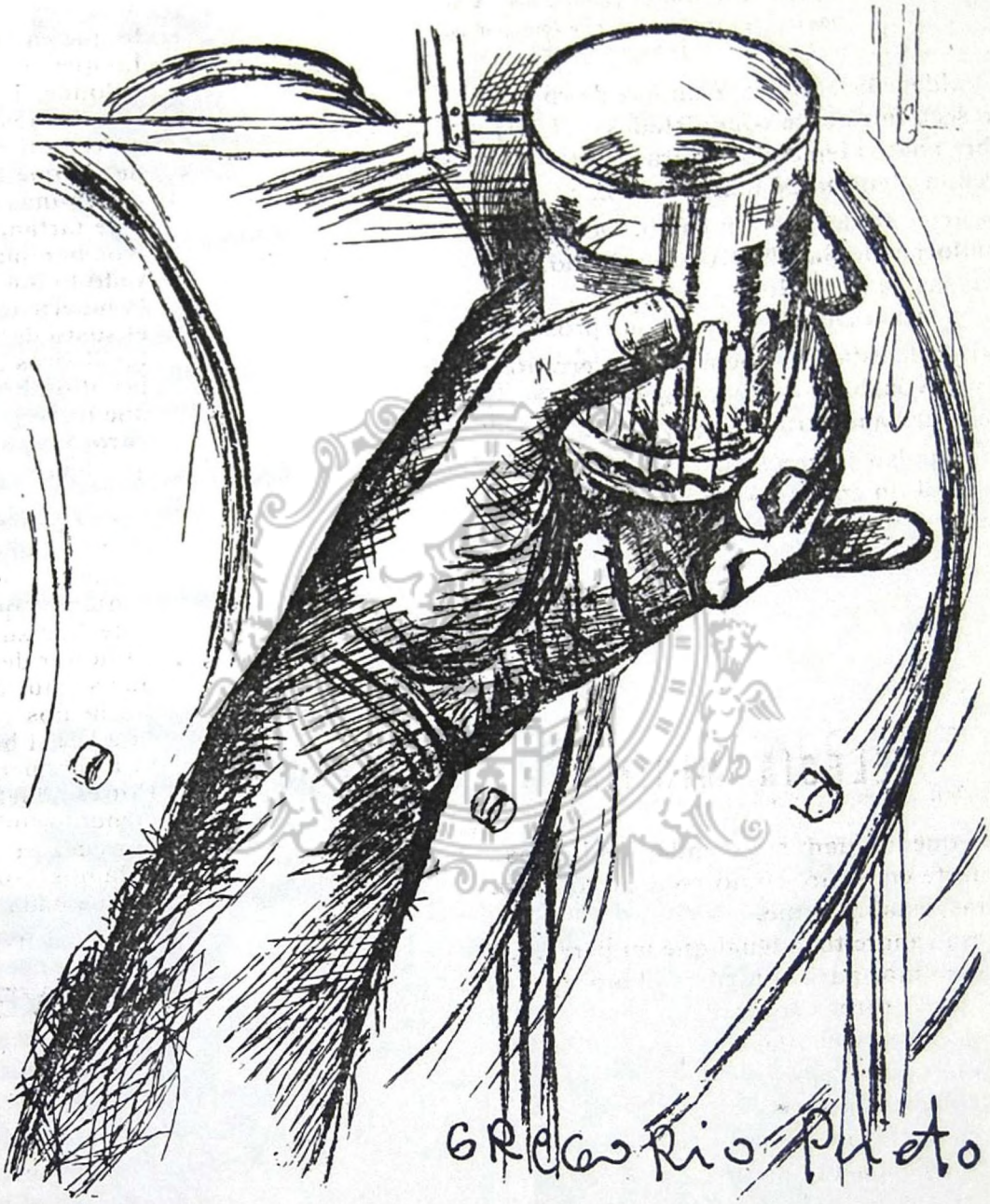
¡Cuánto huracán rugiendo en tu sordina!
Tu incógnita era el aspa de tus trabas.
Girabas y girabas y girabas...
Con tanto viento "así", qué fuerte harina

Y "así" salió tu pan: para otra cena
de otros jueves—diabólico y divino—,
donde el tonel del Genio se descorcha...

Todo por tu esquinita: ¡tu patena!
Por la tranca de sed de tu molino.
Por la angustia primera de tu Antorcha.

Juan ALCAIDE SANCHEZ.

Instituto de Estudios Giennenses. Aljaba : arte y literatura. N.º 1, 12/1951. Página 4



Instituto de Estudios Giennenses. Aljaba : arte y literatura. N.º 1, 12/1951. Página 5

...ESTAS FLORES QUE QUIEREN SER CORONA...

VALDEPEÑAS ENTREVISTA

A Juan Alcalde Sánchez, a quien no me fué dado conocer personalmente al pasar una vez, en viaje, por Valdepeñas.

Valdepeñas. Amor. Y un haz de rosas
al reseco horizonte conquistadas.
Sobre chatos tejados las miradas
abren la plenitud de tantas cosas...

Carretera del sol. Un galgo. Ociosas
las alforjas de Sancho. Al viento izadas,
las aspas de un molino imaginadas
dan cuenta a Don Quijote de sus prosas.

¿Dónde estará el poeta? Acaso errante
llega su voz, bisel de pena y gozo,
sueños cribando tras la loma calva.

Y el pulso va creciendo a cada instante,
porque al fin encontró en colmena y pozo
la luz archimanchega: la del alba.

Lope MATEO.

ELEGÍA MÍNIMA

No queda, Juan, sino tender los brazos
y tomarte en el aire como yo te he tomado.
Eras, estabas firme.
Con esa sangre tuya igual que un perro.
Con ese amor para el tacón y el ajo,
para la maritornes colorada,
para el lucero y el vilano.
Y ya, volante amigo, no nos queda
sino tender los brazos.
Sino buscarte sin buscarte, asirte
por la melena santa de tu verso descalzo.
Tu lisa muerte, Juan, es tal un viento
que te inserta en la yema de nuestros ojos altos.
Uña de Dios te miro, al Ser restituida.
Duerme, Pan, Corazón, Amigo, Rio. Y háblanos.
Por Dios, háblanos.

Fernando QUIÑONES.

Hemos visto la muerte de Juan Alcaide Sánchez

Nos han puesto de pié para que viéramos
lo que en la tierra pasa.
Lo que ocurre en el río
—donde el agua no cesa—
lo sabemos tal vez porque guardamos
un recuerdo de pájaros huyendo,
de sol que no se coge,
de láminas de barro
y de tartanas caminando hundiéndose.
Nos han puesto de modo que hemos visto
todo lo que acontece:
la muerte del poeta,
el susto de su casa,
los llantos que vertían,
las alfombras pisadas por vecinos inválidos
que fueron a la fiesta un poco tristes
para decir sus cosas como todos,
que fueron a por agua y no la había,
que la mesa vacía estaba sola
con el papel dispuesto inutilmente.
Todo lo que hemos visto lo contamos
sentados ambos dos en el alero:
contamos que las ubres de las cabras
goteaban su blancor sobre la yerba
en honor del amigo Juan Alcaide
que se murió hace poco.
No hemos venido al mundo a contemplar estatuas,
ni a ver el baile de los pobres hombres,
ni a ver cuerpos de amigos derribados.
Por eso duele mucho estar de pié,
viéndolo todo sin mover un párpado
por encima del borde de la tapia.
Estamos convencidos
de que nada se puede hacer ahora.

Angel CRESPO y Gabino Alejandro CARRIEDO.

VENCIDO PARNASO

A Juan Alcalde, muerto.

Lope solloza allí; y allí el de Argote
envuelto va en la sombra del manteo,
roto en suspiro cordobés ceceo
y lagrimón de cera en el picote...
Quijano ya no quiere ser Quijote
porque quien sueña, de su sueño es reo,
mientras D. Pedro, su Confiteor Deo
le pone a un hipogrifo de estrambote...
¿Y por qué? Por el bárbaro fracaso
que nos viene de tí, cuajo de trinos
en lo profundo de la sombra incierta...
¡Se tambalea secular Parnaso
a un aire truculento de molinos
sobre la herrumbre de tu noria muerta!

José A. OCHAITA.

La Revista "Macarena", que tuvo desde su primer número el inapreciable regalo de su colaboración, ofrenda este soneto, sencilla flor de cariño y recuerdo.

A JUAN ALCAIDE

"Me esta oliendo a narajo mi latido".
Eso escribiste un día en "MACARENA",
que tu nombre pondrá, sin orla y pena
en homenaje a tí, que no te has ido.

Tu tránsito no es muerte; has ascendido
en vuelo de infinito y la cadena
del barro terrenal que el cuerpo llena,
tu espíritu inmortal se ha sacudido.

Poetas todos: ¡No implorar consuelo!;
Juan Alcaide no ha muerto, su poesía
es vida que pervive eternamente.

Dios le ha llamado a Sí para en el Cielo
en premio a su bondad y a su valía
del divino laurel ceñir su frente.

Juan GARCIA IZQUIERDO.

A JUAN ALCAIDE

El más grande poeta de la Mancha y el más fiel amigo

...De la raiz del corazón,
esta lágrima...

¿Quién trajo a mi Sevilla el desconsuelo
de tu muerte, prestísima y segura...?
¡Un Arcángel, acaso, en calentura,
molino de alas triturando duelo...!

...Pero se conmovió y lloró este cielo
y se hizo funeral la arquitectura
y mi Virgen, ¡Oh Virgen de Amargura!
puso una negra blonda en su pañuelo.

Y yo ¿...qué te dire de mi quebranto...?
Es tanta la ceniza en que me ciño
que el labio apenas si lo dice; apenas...

Y se agotan las fuentes de mi llanto
como si un ruiseñor; un astro; un niño
navegasen, difuntos, por mis venas.

Eva CERVANTES.

Instituto de Estudios Giennenses. Aljaba : arte y literatura. N.º 1, 12/1951. Página 6

LA PRIMAVERA EN ACECHO

Con mítica razón de lumbre pura,
desde su domo, el cielo al suelo ordena;
y, sumisa, la tierra casta estrena
las galas de su manto de verdura.

Cuando Leo su noble calentura
con ímpetu viril desencadena,
dorada multitud el campo llena,
que, al viento, vanamente se apresura.

Pasan días. Y meses. Y estaciones.
Torna, sujeta al ritmo constelado,
la vida ..

Y yo espero, inutilmente,
el mandato de las constelaciones
que despierte el murmullo soterrado
de tanta y tanta fúnebre simiente.

Federico MUELAS.

TÚ SIEMPRE DENTRO

TÚ, siempre dentro.

Mis brazos y mis labios desde fuera,
guardando este silencio.
Mis brazos y mis labios abarcándote.
Tú, siempre dentro.

Que el aire no te roce. Que se rompa
el aire ante mi cuerpo.
Yo, como una pantalla, protegiéndote
del sol, del cierzo.

Tú, pequeña y antigua,
dentro.

Mis brazos, las velas.
Tus ojos, el viento.

De mi sangre a la tuya
un río de temblores floreciendo.

Y luego, en el milagro de tu alma,
en el milagro doble de tu cuerpo,
tu suspiro y el mío confundidos
con el dulce brotar del hijo nuevo.

Federico BRAVO MORATA.

DIOSA

Inmanencia de sol y de nieve,
de espuma y de cielos
¿sentíste latir
en tu esencia la noche abrasada
de lágrimas secas
que fluye de mí...?

¿No rozó ningún eco de alas candentes
la intacta tersura
de tu alma felíz...?

¿Ni gustaron tus labios recientes
de un verso el sangrante
y amaro fluir...?

Juan Cecilio PORRAS CASAS.

Instituto de Estudios Giennenses. Aljaba : arte y literatura. N.º 1, 12/1951. Página 7

AUNQUE ME IGNORES

A Ella.

No sé tu nombre, el que te doy me basta;
no es tu nombre mi luz, sino tu imagen,
el regalo infinito de tu cuerpo
tan cerca y tan distante.

Voy sin vida sin tí, como el planeta
que precisa del sol para alumbrarse;
entre las sombras y entre las esquinas
te sigo a todas partes.

Con noche en la mirada, tú sonámbula,
pasas por mi vereda sin pararte;
los brazos anhelantes de mis ojos
no pueden sujetarte.

Me ignoras, sí; no sabes mi existencia;
me ignoras aun teniéndome delante.
Para tí soy tan solo uno más, uno,
que se para a mirarte.

Sé que no serás mía, reconozco
que es inutil quererlo ni un instante;
la ribera ama al agua y no pretende
detenerla en su cauce.

Quiere a quien quieras tú, aunque me duela,
no me conozcas, no, ni en mí repares,
pero que tu visión, sol de mi cielo,
nunca, nunca me falte.

MARIO ALVAREZ ORTIZ.

El Poema de la Reja

En tu destino atómico se durmieron los siglos
y besaron tu cima las sombras milenarias;
acaso fuiste cima de un volcán sin fronteras
o el ápice invisible de un torrente de llamas.

En el vientre del orbe gestando tus metales
y en tu cárcel de ascuas sin susto aprisionada
te dieron consistencia en su yunque los días
y te hicieron maciza las horas en su fragua.

Eras parte de un todo centrado en el vacío
como hoy eres el todo en el agro que aras;
tu silencio de hierro se transformó en latido
para ser lo que eres y no lo que soñabas.

Es mejor que no fueras la ambición de tu acero:
la hoja de un cuchillo, el filo de una espada...
El abrazo del surco te devuelve al silencio
y los siglos te esperan en la tierra que clavas.

RAMÓN GONZALEZ BARRETO.

El Poema de las Alas

Este crochet tan largo para
(atar mariposas
ya me tienes cansada...
¡Sí! Piensas que soy cruel
porque las tengo atadas.
(Tú nunca has comprendido
el por qué de las cosas).
¿No ves que soy de barro,
soy de carne pesada?
Y tal vez —con la red
que estoy tejiendo ahora,
envolviéndome en ella—,
con esta profusión
de pétalos y alas,
pueda ser mariposa
y besar una estrella...!

Fifina del Castillo de Antón.

Instituto de Estudios Giennenses. Aljaba : arte y literatura. N.º 1, 12/1951. Página 8

CANCION DEL OLIVO VIEJO

Yo soy la paz. Sobre la tierra fría
alzo mi añoso tronco corpulento,
y en el viento
pongo alegre una nota de poesía.

Soy la paz de las tardes otoñales,
la quietud soñolienta del paisaje;
mi lenguaje
es de amor y ternuras ideales.

Soy mano temblorosa y arrugada
por un largo desvelo
que escribe en tinta oscura una balada
sobre la clara limpidez del cielo.

Soy la paz...

A mi sombra los viejos
contaban a los niños sus historias
de luchas y victorias
entre antiguos refranes y consejos.

En mis ramas los pájaros hicieron
dulces nidos,
y son ya muchos los que, a mí acogidos,
vivieron y murieron.

Soy la paz...

Aquí, amantes sin fin con lento paso
han gozado de tiernos embelesos,
y en la penumbra incierta del ocaso
he sorprendido besos...

Soy un mudo testigo de la vida,
del dolor,
de la dicha escondida,
del amor.

Soy sombra en los ardores de verano,
amparo de la lluvia en el invierno,
mi tronco toma vida de lo humano,
mis ramas van en ansias de lo eterno.

Soy... la paz...

Rafael GUILLEN.

TU ERES PARA MI (Soneto)

A ti.

Centro de mi universo, vértice refulgente
en que acaban su ruta todos mis pensamientos;
diosa que cuando quieres mandas los elementos;
oriente en que el sol nace, sol que nace en oriente.

Sirena que ocasiona amores y embelesos
a los que no creyeron jamás en el amor;
alma grande y sincera, corazón soñador,
boca que sin quererlo, hace pensar en besos.

Fuego en el que se abrasa mi corazón cautivo;
agua en que se disuelve mi impaciencia frenética,
sonrisa en que se ahoga mi congoja interior.

Belleza que me infunde el valor de estar vivo.
¡Hada!... Mas te resuelve una forma poética:
es la palabra novia, que significa Amor.

JUAN LOMBARDO GONZALEZ.

ESTA MUERTE QUE DECIMOS...

Para A. G. B.

Morir no conduce a nada.
Las manos pongo en esta urna maciza
y me palpo el sentido de la especie.
Granos de trigo simplemente alientan
en esta maravilla que me nace.
No todo lo que digo es inexacto
si al agua que me crece todavía
añado esta minucia temblorosa:
morirse no es preciso.
Canta la lluvia en torno del aljibe,
beben los patos agua con sapiencia,
van descalzos los niños sin zapatos,
corren los autos,
tocan las campanas de las iglesias,
y todo es buen indicio de la vida.
Niego a la muerte con su vaso o cántaro
de alimentos que dañan,
de cuerpos que se aficionan a la tierra,
de corazones que se detienen,
de raíces telúricas que ordenan,
de olivos con sus pájaros bisoños
tan prematuramente predestinados.
Es vano compilar los estertores
del hombre que se ilustra en moribundos,
del que padece enfermedades,
y se va despidiendo con gruñidos
y con golpes de tos y testamentos.
Inútil es el llanto
porque la muerte es simplemente un eco
de una voz nunca pronunciada.
Testigo pongo a Dios de este apotegma:
Si la vida a la muerte no conduce,
si el cerebro se gasta en devaneos,
si no conduce a nada el vaho sumiso,
la reliquia del santo, el ornamento
del consabido funeral,
si mi canto es tan fácil como el viento,
¿para qué la impaciencia?

Gabino Alejandro CARRIEDO.

COPLILLAS DEL CAMINO

...Así mi pena cantaba
andando por los caminos,
y, así cantando, lloraba
regando los altos pinos.

* * *

¡Ay, esta pena que lloro
tan solo yo se sentirla!
A nadie llorando imploro,
que mis lágrimas son oro
de vida aun sin vivirla.

Pena por una mujer
que de otro hombre será.
Contigo mi vida irá
queriendo con tu querer,
y contigo morirá;
que no te quiero perder,
recuerdo de la mujer
que en mi pena vivirá.

¡Quédate, pena bendita,
que su recuerdo serás!
En mi tristeza infinita
siempre tu imagen bonita,
aunque imposible, tendrás!

* * *

Así mi pena cantaba
andando por el camino,
y así, cantando, lloraba
la desgracia de mi sino.

Pedro FUENTES.

Instituto de Estudios Giennenses. Aljaba : arte y literatura. N.º 1, 12/1951. Página 10

Cuento

I

La barca hendió con su quilla el mar. Marga ayudó a Maurice a poner en orden los revueltos aparejos, que se amontonaban en el fondo de la embarcación. Los negros acantilados erguían sus sombrías siluetas a contraluz con el cielo bravo e inquietante, cruzado por ramalazos violentos. Las gaviotas chillaban sin cesar. Una calma, intensa y extraña, reinaba en las aguas. Maurice se volvió hacia Marga y la besó en los labios. Era alto y curtido. Marga, toda una visión rubia y vaporosa, correspondió a su caricia. Hablaba suave, insinuante. Muchas veces Maurice se había preguntado si era realmente aquella mujer. breve y ligera como la espuma, descendiente de una ruda raza bretona, y no una princesa de leyenda.

—¿Tardarás mucho?...

—Creo que no, Marga. Acaso tenga que luchar contra el mar.

Al decir ésto, miró largamente la extensa y movediza superficie que ya presentaba varias picaduras aquí y allá y que, lentamente, iban siendo más numerosas. Pensativo asintió con la cabeza.

—Sí. Tendré que bregar algo. Acaso vuelva más tarde.

—Te esperaré.

—Bien, Marga. Procura tener la comida bien caliente.

Después del corto diálogo, la barca bamboleante se perdió entre las olas que ya se desperezaban gimiendo sordamente. Marga quedó todavía allí, de pié, el rostro arrebolado, y los cabellos azotándole las mejillas. Después se pasó un brazo por la mojada cara, y se dirigió corriendo hasta la casita que entre varios peñascos asomaba su oscura fachada.

II

Maurice asió con titánico esfuerzo el timón y procuró enderezarlo. El viento silbó con furia, y una amplia ola le cegó por un momento. Cayó de espaldas en el fondo de la embarcación a la vez que el timón, dando un giro le daba en la frente. Un hílillo de sangre le corrió por la cara. Luchando mucho antes de conseguirlo, logró levantarse. Fijó el timón, y la barca cobró su estabilidad. Después, renegando, recogió el resto de las redes que el mar había destrozado y puso rumbo a tierra. Si no quería perecer, tendría que volver. Era necesario que él viviera. Marga tenía en él su único apoyo y la adoraba. Aun en medio del temporal, Maurice sonrió al pensar en ella.

La barquilla, lentamente impulsada por un hombre desgarrado, herido y sin fuerza, se fué acercando a la orilla desnuda y árida. Al fin, encalló en la arena. Rendido, materialmente deshecho, se dejó caer en el suelo. Incorporándose un poco, divisó la luz de su casa. Marga no le esperaría, por lo menos, hasta tres horas más tarde. Renqueando, se acercó anhelante al cálido refugio. Pronto se detuvo y aguzó el oído. Acababa de oir la risa de Marga. Arrugó el ceño. Aquello significaba que había visita en casa. Tal vez fuese la charlatana de Simona, con su esposo, el viejo Pedro. Hubiera preferido encontrarla sola en una noche como aquella. Se asomaría antes a los cristales. Dando la vuelta a la casa, halló al fin la ventana baja. Limpió con el dedo de la mano los cristales, y pegó la cara en ellos. Involuntariamante se metió el puño en la boca y comenzó a temblar violentamente. Abrazados, riéndose juntos, estaban Marga y Michel Caller, el señorito de la Casa de Los Picos..

La verdad entró en su cerebro a golpetazos. Hasta cinco minutos después de ver a Marga correspondiendo al amor de un extraño no recapacitó su cerebro. La risa de ella era más jovíal. Sus ojos más brillantes... Le amaba. Le amaba... El... era burlado, escarnecido, humillado... ¡El! ¿Quien era él? Un pobre pescador... Maurice agarrotó su mano bajo el capote en torno a la navaja. De su garganta se escapó un rugido sordo. Rugido que se transformó en sollozo. El era un intruso allí. Con paso vacilante se alejó de la casa. La risa de Marga, odiosa, infame, le perseguía. Llegó hasta la barca. El mar con toda su bravura se levantaba, atroz, horrible. Los acantilados se unían con el cielo. El único árbol situado en lo alto, agitaba dantescamente sus desnudas ramas y gemía largamente. Con los ojos extraviados, Maurice contempló su figura. Allí fué en donde un día le habló a Marga de sus esperanzas, de sus ambiciones... Con un gesto brusco empujó la barca hacia dentro..

III

Un lejano rayo iluminó el mar. Allá lejos un punto se movía furiosamente. En el centro de él un hombre llamaba a grandes voces a una mujer. Después rió estertóreamente. Todavía se veia la luz de su casa. ¡Todavía! Y la risa de ella también se oía... Sollozando, gritando, maldiciendo, Maurice y con él su barca, se hundió de un golpe brusco y seco. El viento, burlesco, reproducía aun sus gritos lanzándolos a la playa en donde chocaban con la fachada de piedra de la casa. Ella alzó la cabeza.

—¿Oyes? Parece que llama alguien. ¿Será mi marido?

—¡Bah! ¡Tonterías! ¡Es el viento!

Marga reclino su dulce cabeza en los hombros del otro.

—Tienes razón—murmuró—Es el viento.

Miguel VIZCAINO MONTI.

JAEN, ENERO - FEBRERO 1952

TIP. PALOMINO & JAEN

Instituto de Estudios Giennenses. Aljaba : arte y literatura. N.º 1, 12/1951. Página 11